

El tercer elemento

(Diario del alférez Alfonso de Londoño, encontrado durante las obras de remodelación del archivo parroquial de la iglesia de San Sebastián de Villacastín, Segovia).

25 de junio

Hoy han llegado noticias del próximo destino de nuestra compañía. Saldremos mañana en dirección al Sexmo de San Martín, en la Tierra de Segovia.

No hemos recibido explicaciones sobre el objetivo de la misión. En los barracones, la tropa sostiene que se trata de asuntos de magia negra. Esa sería la razón por la que acompañan al capellán cinco monjes dominicos de la Santa Inquisición. ¡A fe mía que debe ser poderosa nigromancia la que obliga a movilizar una compañía del tercio!

27 de junio

Escribo aprovechando el único descanso del día y la poca luz que resta de esta larga y calurosa jornada de verano.

Partimos la madrugada de ayer, cerca de trescientos hombres bajo el mando del capitán De la Cerda. Duro es, vive Dios, marchar con la impedimenta por la llanura castellana durante el estío.

Sin embargo, sería liviano para un contingente como el nuestro —formado por soldados curtidos en numerosas batallas— si no fuera porque la tensión ha imperado a lo largo de la jornada. La tropa está intranquila. Aunque no tienen miedo de enfrentarse a enemigos de carne y hueso, la superstición mella la moral de mis hombres.

He ordenado al sargento Arévalo arrestar a un alabardero originario del norte de León por propagar habladurías acerca de un contingente que fue aniquilado en las montañas cercanas a Fuentes Tamarici no hace más de veinte años, durante una campaña similar a la que —según él— estamos iniciando.

A pesar de que el correctivo ha aplacado los ánimos, espero que —sea lo que sea a lo que nos enfrentemos— suceda más temprano que tarde. En caso contrario, será complicado mantener la disciplina.

28 de junio

Esta mañana, después del alba, el capitán De la Cerda ha llamado a su tienda a los oficiales. En compañía del religioso de más edad, nos ha comunicado que, con el fin de cortar por lo sano la inquietud existente, había decidido informarnos del objetivo de nuestra misión.

La noche del veinticuatro de junio, un mensajero llegó a Tordesillas y solicitó audiencia con la máxima autoridad. Su caballo, echando espuma por la boca, cayó reventado a las puertas de la Casa del Tratado. Entregó un pliego firmado por Álvaro Vela, regidor de Segovia. Contenía información confusa sobre el levantamiento de un grupo de esclavos africanos en una remota villa situada a unas siete leguas de la ciudad del acueducto, en las estribaciones de la Sierra del Guadarrama. Aunque el mensaje no ofrecía mayor detalle, estaba claro que

se temía por la vida de los habitantes del pueblo. Y lo que era aún más grave, por la del resto de las poblaciones de la zona e incluso de la capital. Nuestro capitán desconocía si aportaba datos adicionales. No obstante, las órdenes del maestro de campo eran claras: aniquilar la revuelta y castigar con ejemplaridad a los responsables.

Los frailes se unieron al contingente tras conocerse que el motivo de la rebelión había sido el castigo que los hombres de armas del duque de Duenhas, señor de la mencionada villa, había infligido a un grupo de esclavos por celebrar ritos idólatras traídos de su tierra.

Salía yo de la reunión, pensando que gustosamente daría los dieciocho escudos del sueldo mensual por conocer algo más de lo que sin duda nos ocultaba nuestro capitán, cuando Fray Leonardo, uno de los frailes dominicos, me hizo señas para indicarme que deseaba hablar conmigo a solas.

Es este Fray Leonardo un religioso de mediana edad, dotado de una mirada extraña y magnética. Se dice que, de no ser por la influencia de su tío, el todopoderoso conde de Viñuelas, valido de nuestro señor el rey, ya le habrían denunciado los familiares de la Cruz Verde —a los que ahora sin embargo acompañaba— para quemarlo en la hoguera en uno de los multitudinarios autos de fe tan habituales en estos tiempos. Si bien en principio me sorprendió verle en la partida —al ser un hombre no demasiado querido por sus compañeros de orden, e incluso temido por una gran parte de ellos— ahora que conocía el motivo de nuestra misión, no me causaba sorpresa.

De todos es sabido el interés de Fray Leonardo por los ritos bárbaros. Ha viajado por tierras extrañas y se dice que conserva reliquias heredadas de su antepasado Alonso Páez de Santamaría, compañero del explorador madrileño Ruy González de Clavijo en su famosa embajada a Oriente. Dichos objetos, junto con libros antiguos con conocimientos arcanos sobre rituales y hechizos, son guardados celosamente en el palacio familiar de Burgos, y en más de una ocasión se ha librado por poco de que le trajeran graves problemas.

Fray Leonardo me ha conducido detrás de unas tiendas de intendencia y me ha dicho lo siguiente:

»Don Alfonso, las jornadas que nos esperan serán duras. Si no lo evitamos, morirán muchos hombres y otros tantos quedarán marcados de por vida. Por razones que ahora no me es dado aclarar, considero de vital importancia vuestra ayuda. Por ello, os pido que conservéis esto. Llevadlo siempre con vos y os preservará del peligro».

Y, sin permitir preguntas, me ha entregado un atadizo y ha marchado en silencio. El objeto depositado en mi mano es un colgante del que pende un amuleto de cobre con la forma de un número tres arábigo cubierto de extrañas inscripciones. No soy supersticioso y nunca he creído en talismanes. Aun así, me lo he colgado del cuello. No sé lo que representa, pero por llevarlo nada pierdo.

29 de junio

Retomo el diario tras una jornada de fatigosa marcha. Desde nuestra partida, hemos llevado un ritmo superior a veinticinco millas diarias, lo que demuestra la urgencia de la misión.

Hemos llegado al anochecer a las inmediaciones de la abadía de Párraces, distante poco más de dos leguas de la villa sublevada. El furriel ha elegido este lugar por ser el más cercano a nuestro objetivo con avituallamiento asegurado.

Después de una frugal cena, el capitán me ha ordenado visitar al superior del monasterio y obtener toda la información posible. Me he dirigido hacia el viejo edificio monacal junto al sargento Arévalo y a un cabo de escuadra de confianza. Al abrigo de su celda, el abad me ha informado de los antecedentes más relevantes.

Hace unos diecisiete años, don Nuno Oliveira, duque de Duenhas, recibió en herencia la villa en cuestión junto con una buena porción de tierra. Don Nuno era un noble portugués cuya familia destacó en la exploración de la costa africana durante el reinado de Juan II. Por oscuros hechos acaecidos en las Islas de Cabo Verde, cayó en desgracia en la corte lusa y se trasladó a sus propiedades en Castilla. Le acompañó su servidumbre, incluido un grupo de esclavos negros traídos desde sus antiguas posesiones de ultramar.

Dos años atrás, a la muerte de don Nuno, el título fue heredado por su único hijo, Joao. El nuevo duque, criado en las Islas de Cabo Verde, era conocido por su crueldad y por los métodos expeditivos con los que castigaba a quien no cumplía las órdenes a rajatabla.

Aunque mencionó rumores sobre la inquietud de los pecheros, el abad no aportó ningún otro dato de interés. Sin embargo, me informó de que quizá podríamos acceder a noticias de primera mano. En la tarde del veintitrés de junio, un joven de unos trece años, hijo del herrero de la villa, llegó a las puertas de Párraces. Nadie se explicaba cómo pudo alcanzar el monasterio en aquellas condiciones. Una costra de sangre seca, brotada de una profunda herida en la cabeza, cubría su rostro y los restos de una camisa hecha jirones. Al desnudarle para lavar las heridas, se descubrió que tenía el cuerpo cubierto de moratones y arañazos, fruto —se supuso— de los golpes sufridos en el monte al deambular desorientado. Desde su llegada, ni una sola palabra con sentido había salido de su boca. Aletargado la mayor parte del tiempo, su mente enfebrecida solo producía palabras y frases incoherentes los pocos ratos que no dormitaba.

El abad nos acompañó a través del claustro a la botica, donde se hospedaba el enfermo, solícitamente atendido por Fulgencio, el hermano boticario. Remitida la fiebre durante la última noche, pudo consumir algo de alimento. Habían demorado el interrogatorio pero, dada la urgencia de nuestra misión, no cabía menos que adelantarlos.

El chico, tumbado en un camastro, me miró con los ojos abiertos de par en par. En su expresión quedaban trazas de un profundo terror. Su rostro demacrado denunciaba el efecto de los últimos acontecimientos. Con toda la delicadeza de la que he sido capaz —y sabe Dios que no es mucha, después de pasar la mitad de la vida en el ejército— le he preguntado su nombre. «Rodrigo», me ha contestado con voz queda.

—Bien, Rodrigo, ahora debes contarnos a los hermanos y a mí lo que pasó.

El chico se rebulló en la cama y miró hacia atrás como si temiera algo.

—No tengas miedo. Estando nosotros aquí, nada ha de preocuparte. Solo dinos quién te hirió y por qué.

Tras beber un trago de agua, el chico se ha dirigido al abad y «al señor militar», y ha comenzado así:

»Mi padre trabaja como herrero para el duque. Antes de que yo naciera servía al administrador de la villa, y conservó su oficio cuando llegó don Nuno. Y

eso que, según me contó madre, trajo consigo muchos criados y servidores de Portugal y más de cien esclavos negros de Cabo Verde. Como decía mi abuelo, que en *pá* descansen —el hermano Fulgencio se persignó y murmuró «así sea»— antes de llegar don Nuno nadie había visto un negro por estas tierras.

Los esclavos trabajan el campo, por lo que la mayor parte de los arrendatarios se marchó. Padre se quedó, porque era el único que dominaba el arte de moldear los metales.

Los negros viven en barracas fuera de los muros de la residencia del duque y son controlados por los hombres de armas. A finales del año pasado, más o menos para el Día de Difuntos —recuerdo las campanas de la iglesia tocando a clamor—, un hermano de la mujer de don Joao, el nuevo señor, llegó al pueblo con unos cincuenta esclavos traídos del interior de África. O al menos eso le dijo el alguacil a mi padre. Uno de ellos destacaba por su estatura y porte y, sobre todo, por el respeto que le tenían los demás. Me acerqué con los otros chicos al lugar donde estaban encerrados. Nunca olvidaré cómo me miró y la sensación de superioridad que despedía su talante. Le bautizaron como Benigno, aunque no respondía por ese nombre.

Al mes de la llegada del nuevo grupo de esclavos, comenzaron los sucesos extraños. Los nativos de Cabo Verde, que hasta el momento habían resultado dóciles, se mostraban inquietos y ariscos. Parecía como si Benigno —al que todos reverenciaban— hubiera despertado en ellos el ansia de libertad. Muchos volvieron a practicar ritos e idolatrías ya olvidadas. No era agradable oír los cánticos y el sonar de tambores que surgía del poblado de cabañas al anochecer, cuando se agrupaban entorno a las hogueras. Por más que hizo el señor, prodigando castigos y privaciones, no consiguió que abandonasen estas costumbres.

Desde principios de año, los esclavos evitaban en la medida de lo posible trabajar cerca del río Piezga, que bordea la población por el sureste. Tampoco les gustaba adentrarse en lo más profundo del bosque de encinas y robles centenarios que se extiende al noroeste, lo que hasta la fecha hacían sin problema. Como tengo confianza con Elías, el esclavo liberado que trabaja con padre en la herrería, le pregunté la razón de esta extraña actitud. Con respuestas evasivas, me recomendó mantenerme alejado tanto del bosque como del río, dado que en esos lugares podía toparme con *cosas*. Seres que Benigno convocaba utilizando artes de magia negra. Si no ponía cuidado, acabaría convirtiéndome en uno de ellos y *obligado a servirle por toda la eternidad*. Ante la pregunta sobre el origen del poder de Benigno, bajando la voz hasta un susurro me informó de que era un famoso hechicero. Según Elías, en África hay misterios desconocidos para el hombre blanco que basta invocar mediante los ritos adecuados.

Aunque en principio no le hice caso —Elías siempre ha sido supersticioso en extremo y dado a la fantasía— tuve miedo cuando desapareció mi mejor amigo, hijo de uno de los pocos renteros que quedaron después de la llegada del nuevo señor. Le vieron por última vez jugando cerca del Puente Viejo. Se asumió que, tras ahogarse, la corriente le habría arrastrado hasta alguna poza profunda. Su cuerpo nunca apareció. Por ello, no olvidé el consejo y evité acercarme al Piezga.

En la primavera desaparecieron más personas, siempre en los alrededores del río o tras adentrarse en el bosque. A nadie le preocupó. Solían ser gente

pobre que no tenía familia. Se supuso que se habían ido a buscarse la vida a otra parte sin avisar. Y entonces...».

Rodrigo, cuyo nerviosismo aumentaba visiblemente, empezó a sufrir fuertes temblores. El hermano boticario, que llevaba un rato removiéndolo el contenido de un caldero puesto a calentar en el fuego, le acercó un cuenco de barro con una humeante poción de hierbas. El chico la bebió con cierta desconfianza y al poco se calmó, aunque durante su discurso posterior no dejó de mirar hacia atrás con aire furtivo, como si temiese que alguien o algo le acechase.

»El pasado sábado, los sirvientes del señor, ayudados por un grupo de esclavos, se afanaban con los preparativos para celebrar la noche de San Juan, onomástica del duque. La fiesta consistía en un baile al que estaba invitado todo el pueblo. Se preparó una gigantesca pila en la plaza con madera de los pinares cercanos. Como aperitivo de la fiesta, don Joao en persona marcaría a fuego a un esclavo acusado de practicar un ritual de magia negra.

Después del duro día de trabajo, la mayor parte de los sirvientes se acercó a la ribera del arroyo a refrescarse. Solo quedó una guardia de dos hombres de armas a la puerta de la casona y un criado al cuidado de que nadie se llevase la leña apilada para la hoguera. Los esclavos se retiraron a las chozas, desde las que llegaba un silencio inusual, que debiera haber hecho sospechar que tramaban algo.

Poco antes de que el sol se ocultara por detrás de los montes, se oyó el toque quedo de un tambor. Aunque intuíamos que salía de las cabañas del otro lado de la ribera, en realidad no procedía de ningún sitio y de todos a la vez. Te envolvía con un ritmo monótono y cada vez más apremiante, como una llamada. El sonido fue ganando en intensidad, acompañándole otros tambores desde distintos puntos de los alrededores. De pronto se escucharon gritos de terror del lado del Puente Viejo.

Yo me encontraba recogiendo las herramientas. Me asomé a la puerta de la herrería, que está en un extremo de la parte alta del pueblo. Desde allí podía ver la orilla del Piezga. La claridad permitía vislumbrar gente que corría hacia la casona. Tras de ellos, unas figuras salían con extraños movimientos de los bodones del río. En las cabañas no paraba el sonido de los tambores, que alcanzaba un ritmo frenético y demoníaco. Dentro de la casona, luces apresuradas cruzaban las ventanas y el jefe de la guardia daba órdenes a los sirvientes y hombres de armas.

Padre se asomó a ver qué sucedía y salió de inmediato, portando una gran guadaña que habíamos arreglado esa misma tarde. Se dirigió a la casona a buscar a madre, que estaba ayudando a preparar el banquete para la fiesta. Antes de salir me conminó a no abandonar la casa oyera lo que oyera. Quizá obedecer esa orden me salvó. Antes de cerrar las grandes puertas de la herrería, eché un último vistazo desde la ventana del piso superior. Lo que vi y oí me congeló la sangre en las venas. Del poblado de los esclavos salía una masa de gente con antorchas que se dirigía al Puente Viejo entonando un salvaje cántico acompasado por el ritmo de los tambores. Les precedían unas figuras que se desplazaban de la misma manera que las que vi salir del río. En el pueblo ardían varias casas. De la pira de leña de la plaza se elevaban inmensas llamaradas que iluminaban el entorno con un resplandor espectral. Ruidos de lucha retumbaban en las callejuelas. Temblando, atranqué las puertas y fui a esconderme en la parte más oscura de la fragua.

Fue una noche espantosa. Solo oía alaridos y lamentos y, en una ocasión, un gran estruendo. Como si se desplomara una pared. A ratos se escuchaban carreras apresurados en las inmediaciones. Incluso escuché como alguien, o algo, golpeaba las puertas. Gracias a Dios no cedieron, pues son de roble y muy recias. Cuando vi que clareaba, y dado que mis padres —por los que temía lo peor— no habían regresado, me asomé por la ventana de la buhardilla. El silencio era absoluto y no se veía siquiera un perro por la calle. El humo, que salía de varias casas derruidas, lo invadía todo. La hoguera de la plaza seguía ardiendo. Después de cavilar un rato, escapé en dirección norte. Si iba por el sur tendría que cruzar el Piezga y algo me decía que no era buena idea. Así que me encaminé hacia Lastras de Abajo para buscar ayuda en dicha población».

Al llegar a este punto, Rodrigo vaciló, como si no supiese seguir. El hermano Fulgencio le ofreció otro trago de la poción de hierbas, que esta vez bebió con avidez. Continuó con voz entrecortada.

»A medida que dejaba las casas atrás, me tranquilicé. Recordé el consejo de Elías de mantenerme alejado no solo del río sino también de la parte más profunda del bosque. Aunque el camino de Lastras está despejado, un tramo atraviesa una oscura arboleda. Si bien me aterraba pasar por allí, no tenía otra opción, pues era la única forma de salir del pueblo. Así que corrí a la mayor velocidad que me permitieron mis piernas.

Al poco me quedé sin aliento y tuve que detenerme a la sombra de un gran roble. Entonces lo vi. Estaba agarrado de una de las ramas más bajas y me miraba de una forma que nunca olvidaré. Era él, o al menos tenía su mismo rostro, si así podía llamarse aquello».

Rodrigo cerró los ojos y empezó a temblar de nuevo, esta vez con más violencia si cabe que la anterior. Le agarré de ambos brazos, intentando calmarle:

—Dinos, ¿qué es lo que viste? ¿quién era «él»?

Por desgracia, fue imposible sacarle una palabra más. Pobre chico, los acontecimientos vividos junto con las historias que le contara Elías le habían trastornado hasta aquel punto.

Tras agradecer al abad y al hermano Fulgencio su colaboración, hemos vuelto al campamento. Antes de pasar por la tienda, he dado novedades al capitán, que me ha permitido retirarme a descansar. No obstante, debo presentarme a primera hora de la mañana.

30 de junio

El capitán me ha ordenado dirigir una pequeña expedición para explorar la villa sublevada. El objetivo es obtener información sobre las fuerzas enemigas. En la medida de lo posible, debemos evitar ser vistos.

En compañía de un cabo y tres piqueros, hemos salido con tiempo suficiente para llegar a nuestro objetivo justo antes del anochecer. Amparados por la oscuridad, he distribuido a mis hombres para acceder a la villa por distintos puntos. Yo he seguido el curso de un torrente que desciende por el lateral de uno de los cerros y penetra en el pueblo por la zona alta. En la población, el único ruido que se oía era el soplar del viento entre los muros derruidos de las casas abandonadas. No hemos encontrado ni un solo ser viviente. En la plaza, a la que se confluye desde distintas calles, esperaba un espectáculo macabro. Junto a los maderos humeantes de una gran hoguera se amontonaba una cincuentena

de cuerpos decapitados. A pesar de mi experiencia en la guerra, nunca vi mutilaciones tan horrendas. El olor a podredumbre que desprendía la carne era insoportable. Puesto que darlos cristiana sepultura no era posible, tras comprobar que no había supervivientes, hemos abandonado aquel siniestro lugar.

Durante el regreso nos ha acompañado un silencio sombrío. Por desgracia, no era la última sorpresa desagradable. Al rodear el collado que discurre entre los dos cerros mayores, pasado el pie del más alto, una erizada valla de picas nos ha obligado a detenernos. Clavadas en la afilada punta de las estacas, las cabezas de los desdichados cuyos restos viéramos amontonados en la plaza dirigían las vacías cuencas de los ojos hacia las ruinas del lugar en el que había discurrido su vida hacía apenas una semana. Detrás del tétrico muro, como si hubiera sido alzado para protegerlo o para subrayar una amenaza, acechaba la sombra del bosque milenario.

Cuando regresábamos por la ruta por la que llegamos antes de caer la noche, el sonido de decenas de tambores ha retumbado en la lejanía. He sentido vibrar en el cuello el amuleto que me entregó Fray Leonardo. En ese momento, como si ambos hechos estuvieran sincronizados, nos ha sorprendido un ruido cercano, semejante al llanto de una persona. El más osado de los piqueros ha penetrado con precaución en la espesura de chaparros que bordea el camino. Al salir, traía atenazada por su mano y casi a la rastra una figura humana que emitía los lamentos que acabábamos de escuchar. Se trataba de un negro de pelo blanco y mirada despavorida cuya lacerada carne desnuda apenas cubrían unos harapos. A pesar de que la temperatura no era fría, temblaba como una hoja. Lo hemos interpelado, pero de su boca no ha salido palabra coherente. No obstante, no mostraba intención de huir. Por el contrario, parecía deseoso de acompañarnos. Lo he encomendado al cabo y, tras una noche llena de emociones, hemos regresado al caserío de Párraces.

1 de julio

Aunque recibí licencia para descansar hasta bien avanzada la mañana, apenas pude conciliar el sueño. La tensión acumulada durante la expedición nocturna me ha mantenido en un inquieto duermevela. Por ello, cuando un asistente del jefe de la compañía ha llegado para requerir mi presencia, no ha hecho falta que me despertaran.

Mientras yo mal dormía, se han producido acontecimientos importantes. Ante la incapacidad de sacar información alguna del cautivo, el capitán lo ha puesto al cuidado del hermano Fulgencio. Quizá él, con sus conocimientos, podría desatarle la lengua. Al llegar a la botica, donde Rodrigo continua su convalecencia, se ha producido una escena emocionante. El muchacho ha roto a llorar de alegría y se ha echado en los brazos del anciano. Era Elías, el ayudante de su padre. Este, al ver al chico, lo ha abrazado cariñosamente. Encontrar a alguien conocido ha tranquilizado a ambos y han podido responder de forma somera las preguntas de los frailes.

Cuando he entrado en la tienda de los mandos, reinaba la excitación. Fray Leonardo, presente en la declaración de Elías y Rodrigo, exponía con sombría vehemencia su punto de vista.

—Capitán, debe entender que no se trata de un enemigo común. Como tal, la estrategia para combatirlo ha de ser distinta.

—Fray Leonardo, ¿qué nos impide atacar? Si lo que cuentan es cierto, apenas son ciento cincuenta esclavos mal armados y peor organizados.

—Su compañía está acostumbrada a luchar en campo abierto, pero los rebeldes se han refugiado en la espesura del bosque, donde no es fácil orientarse. Un ataque masivo podría tener éxito, si bien el coste en vidas sería elevado. En todo caso, no es a los hombres a quien debemos temer.

—Entonces, ¿a quién?— replicó el Sargento Arévalo, con voz desdenosa.

—Déjenme que les cuente lo que he averiguado tras el relato de Rodrigo y Elías— dijo Fray Leonardo que, gracias a su magnética personalidad, había tomado el control de la situación.

»El esclavo al que bautizaron como Benigno es un poderoso hechicero. He viajado por las intrincadas selvas y por los áridos desiertos de ese continente desconocido que llamamos África y sé que no debe subestimarse el poder de la magia de sus naturales, por primitivos que nos parezcan.

Si fue capturado en un descuido, o si forma parte de un artero plan, lo desconozco. Lo cierto es que, desde que llegó a Castilla, no ha perdido el tiempo. Apoyado en signos que demuestran su poder, le fue fácil dominar a los esclavos del duque de Duenhas. Algunos por admiración y otros por miedo —como Elías—, han servido de herramientas para sus fines. Pero sabe que, si quiere conseguir su objetivo, necesita aliados adicionales.

Ustedes son hombres de cierta cultura, y sabrán que, ya en la antigüedad, se conocían los cuatro elementos de la naturaleza: tierra, agua, aire y fuego. La astrología otorga poderes esotéricos a quien desentrañe sus misterios. Los sabios de la Grecia clásica, desde Heráclito a Jenófanes, e incluso el gran Aristóteles, dedicaron la vida al estudio de sus cualidades. Querían descubrir el secreto que permite controlarlos. Si bien se acepta que es imposible para un mortal dominar los cuatro elementos —pues eso solo corresponde a Dios— sí es posible controlar tres de ellos a la vez. Hasta la fecha, a pesar de que muchos lo intentaron, nadie lo ha conseguido.

Por lo que deduzco, los conocimientos de Benigno le han permitido dominar dos de los elementos: la tierra y el agua. Por eso Elías aconsejó a Rodrigo alejarse del río y del bosque. Otros no tuvieron tanta suerte y cayeron en las redes del mago.

No, los desaparecidos no se fueron, como creyeron los simples. No han muerto, pero tampoco viven, al menos en el sentido que nosotros entendemos ese concepto. Aunque no pueden alejarse del agua o de los árboles, cuando están cercanos a ellos son poderosos y prácticamente invulnerables a cualquier arma común. El hechicero controla su conciencia muerta y cuando los necesita los convoca para que obedezcan sus órdenes, como hizo el día de la fiesta. Ellos son las extrañas figuras que Rodrigo vio salir del agua. Con la ayuda de estos seres, fue fácil reducir el pueblo a cenizas.

—¿Cómo sabremos si esa historia es verdadera o solo ha surgido de la extraviada imaginación de un viejo y un mocoso?— preguntó el sargento.

—Podría mostrarle decenas de signos que lo ratifican, aunque es probable que no lo entendiera— respondió Fray Leonardo, dirigiendo al sargento una mirada glacial, que hizo que este se estremeciera—. Capitán, si permite que me acompañe el alférez Londoño y dos soldados, estoy dispuesto a penetrar en el bosque para acabar con el mago. Muerto este, será sencillo reducir a los rebeldes.

—Si es cierto que es tan poderoso, ¿cómo podrán llegar hasta él sin que sus servidores le pongan sobre aviso?— preguntó De la Cerda.

—No se preocupe de eso, capitán. Benigno no es el único que cuenta con conocimientos arcanos— respondió el fraile con una sonrisa enigmática.

De la Cerda meditó unos instantes, y luego me miró, dubitativo. Al ver que yo asentía, me ordenó:

—Seleccione un par de hombres que estén descansados para que le acompañen. Y que Dios les proteja.

He elegido a mis dos mejores piqueros. Rodrigo se une a la expedición. Para penetrar en el bosque con mínimas garantías de éxito, necesitamos un guía que conozca bien la zona y él es el único disponible. No ha hecho falta insistir para convencerle. Algo de lo que le ha contado Elías le empuja a arrostrar el miedo. Supongo que desea comprobar si sus padres siguen vivos y, en dicho caso, quizá piense que todavía no es tarde para salvarlos.

Antes de salir, el monje se ha dirigido al chico:

—¿Conoces algún lugar en el robledal en el que se acumule el agua, incluso en verano? De existir, los rebeldes habrán acampado en sus cercanías.

—Solo conozco un sitio así. Se trata de una laguna situada a una milla al sur de las ruinas del Tobar.

—Dirígenos hacia allí. O mucho me equivoco, o nuestros enemigos no estarán lejos. Si salimos ahora, cubriremos la mayor parte del camino antes del anochecer.

[La narración se interrumpe, dejando una página en blanco, y continúa en la siguiente entrada con una letra más débil a la anterior].

4 de septiembre

Retomo el diario en el punto en que lo abandoné hace más de dos meses. Durante este tiempo he estado convaleciente en el Caserío de Párraces, bajo el cuidado del hermano boticario.

Espero que Dios me dé fuerzas para relatar de forma fidedigna lo que aconteció la noche del pasado dos de julio.

Ejecutamos el plan de Fray Leonardo sin demora. De acuerdo a sus instrucciones, partimos con tiempo para llegar al anochecer a la zona en la que suponíamos acampaban los sublevados. Sobre las intenciones del dominico una vez allí, más allá de matar a Benigno, nada se nos alcanzaba a los integrantes de la partida.

Nuestro objetivo era una laguna, conocida como Hoyuela, situada en un claro del bosque rodeado por encinas centenarias. De acuerdo a lo que afirmaba Fray Leonardo, el lugar aunaba los dos elementos controlados por Benigno y, por tanto, era el ideal para potenciar su magia.

Justo antes de partir, el cielo, despejado hasta entonces, se pobló de nubes oscuras que llegaron veloces y ocultaron el sol del atardecer. La temperatura, abrasadora a lo largo del día, refrescó en gran medida. En silencio, iniciamos la marcha en dirección sur. Un viento suave y constante soplaba de cara, sin dificultar nuestro avance. Observé todos estos signos, preocupado. Estaba claro que se avecinaba una tormenta veraniega. Cuando pregunté al dominico si aquello podía afectar a nuestra aventura, sonrió y me dijo que no me preocupara. Formaba parte del plan.

Caminamos la primera legua sin ningún incidente. A medida que avanzábamos, el viento se hacía más fuerte y traía a rachas olor a tierra mojada, a pesar de que no había caído ni una gota. Al llegar al lindero del bosque nos embargó un cierto temor. El camino, que discurría hasta el momento por un páramo cuajado de piedras y matorrales, se internó entre un denso grupo de robles y desapareció de nuestra vista. Los piqueros agarraron con fuerza las espadas y Rodrigo se acercó a mí, como si buscara protección. Solo el fraile se mantuvo imperturbable y nos conminó a avanzar. La senda, que habíamos seguido fácilmente hasta llegar al robledal, se difuminaba entre la maleza y a ratos perdíamos el camino, aunque Rodrigo volvía a encontrarlo sin vacilar. Bajo una luz difusa, que otorgaba al paisaje un aspecto espectral, las añosas ramas de los robles y encinas cubiertas de líquenes verdosos y resecos caían sobre el sendero como los brazos de un gigante que quisiera atraparnos. Nos movíamos con el sigilo de un gato, conscientes de que nuestra única baza era la sorpresa. De ser descubiertos antes de dar con la guarida de Benigno, nuestros ojos no volverían a ver la luz del sol.

Avanzamos en silencio durante unas tres millas mientras caía la noche. En lo alto del firmamento, una inmensa luna llena relumbraba sumergida en un océano de estrellas. Aunque los recodos del camino eran propicios para una emboscada, no topamos con ninguna oposición. No obstante, tenía la sensación de que nos seguían. Desde que entrásemos en el bosque, el talismán vibraba ligeramente, igual que cuando encontramos a Elías.

El sendero desembocó de pronto en un promontorio pelado sobre el que se elevaban las paredes semiderruidas de una antigua iglesia. Rodrigo nos informó entre susurros que era el despoblado del Tobar, abandonado siglos atrás. Desde allí podríamos observar nuestro objetivo. A los pies de la pequeña colina, la alfombra de árboles se extendía como un mar hacia el oeste. A milla y media se abría un claro en el bosque. En su centro, la luz de la luna arrancaba destellos a la superficie de una masa de agua de unos dos mil pies de longitud. Pero no todo era oscuridad. A lo largo de la orilla, el resplandor de pequeñas hogueras denunciaba el lugar donde se asentaba el campamento enemigo. Fray Leonardo no había errado. Lejano, aunque audible, se escuchó entonces el sonido de un tambor. Arrastradas por el viento, que hacía danzar al unísono las copas de los árboles, llegaban retazos de palabras sueltas emitidas en un lenguaje ininteligible.

Pregunté al dominico cuál era el plan. No le dio tiempo a responderme. Uno de los piqueros, que se había separado del grupo para asomarse al brocal de un viejo pozo abierto a escasa distancia de las ruinas, emitió un grito ahogado. A continuación desapareció de la vista y oímos el chapoteo de su cuerpo al caer. El talismán vibró enloquecido y destelló con un apagado fulgor. Di una corta carrera para llegar hasta el pozo. Con la espada desenvainada, me asomé con precaución. No vi nada. Al fondo, el agua oscura, en el que se reflejaba un rayo de luna, todavía ondulaba levemente, pero no había rastro de nuestro compañero ni de su atacante.

Fray Leonardo trazó con los dedos un signo sobre el brocal, y una pequeña lengua en forma de llama fosforescente quedó marcada en el mismo. Luego, sin más comentarios, nos hizo señas de que debíamos seguir el camino hacia la laguna.

Recuerdo aquella última parte de la incursión como un sueño. Avanzamos campo a través, entre árboles y matorrales. El viento, que daba de cara y cuya

fuerza aumentaba a cada momento, nos encubría. Fray Leonardo me acompañaba en la avanzadilla. Rodrigo y el piquero, a pocos pasos por detrás, conformaban la retaguardia. Justo después de pasar bajo una corpulenta encina, cuyas ramas colgantes casi rozaban nuestras cabezas, oí un forcejeo a mis espaldas. Me volví y vi los pies de Rodrigo desaparecer entre el follaje. Cubrí de pocas zancadas la distancia que nos separaba, pero el piquero fue más rápido. Llegó a tiempo para lanzar un mandoble al atacante y este, soltando la presa, que cayó con un ruido seco entre la hojarasca, saltó al suelo desde el árbol con un movimiento de alimaña.

Todo sucedió en un santiamén y apenas se distinguían sombras. No obstante, no pude menos que reparar en sus movimientos antinaturales al caer agazapado. De inmediato se enderezó y golpeó al piquero en el cuello con su brazo desnudo. Saltó un chorro de sangre y la cabeza del soldado se tambaleó, desprendiéndose del tronco. Con un movimiento vertiginoso se volvió para atacarme, pero vaciló un instante, que aproveché para atravesarle el torso con la espada. Penetró con limpieza a la altura del corazón, mientras el talismán vibraba enloquecido. Suspiré aliviado al comprobar que, al menos, el enemigo era de carne y hueso. Al sentir el acero, emitió un horrendo sonido, parecido al crujir de un árbol cuando se parte, y se derrumbó a mis pies. Extraje el arma de su cuerpo y, junto a Rodrigo —ya recuperado del golpe— y Fray Leonardo, contemplamos a aquel ser a la luz de la luna.

Se trataba, sin duda, de un humano. O, al menos, lo había sido. Estaba desnudo, salvo por un taparrabos andrajoso. De altura reducida, su piel era rugosa y oscura, como la corteza de un árbol. Entre el pelo de la cabeza le brotaban pequeñas ramas verdes. Las nudosas manos acababan en afiladas y curvas garras con las que, con una fuerza inconcebible, había degollado al piquero. Con la punta de la espada volteeé la cabeza. Las facciones, aunque distorsionadas por una horrible mueca, se distinguían con claridad. Rodrigo reprimió un sollozo.

—¡Es él! —exclamó en un susurro.

—¿Quién?

—Francisco, mi amigo. El que desapareció en el río. El mismo que me espió, encaramado a un árbol, la noche que hui del pueblo. ¡No estaba muerto! ¡Benigno lo convirtió en su servidor!

Fray Leonardo se acuclilló al lado de la criatura y trazó la misma señal del pozo sobre su frente. A continuación, se incorporó, nervioso.

—Avancemos. Cada momento que dejemos pasar juega en nuestra contra.

A pesar de lo sucedido, era improbable que estuvieran alertados. La lucha había transcurrido con rapidez. Además, el aire soplaba cada vez más fuerte, y un estruendo similar al de un mar embravecido envolvía el bosque. Me dirigí al fraile. A pesar de todo, el peligro que corríamos era evidente.

—Fray Leonardo, ¿cuál es el plan? Hemos perdido a los dos piqueros y en esta situación veo complicado sorprender al enemigo. Sería una locura seguir avanzando para meternos en la boca del lobo.

—Me temo que no hay otra opción— respondió el religioso en voz queda, pero firme—. Dudo que Benigno haya dispuesto más centinelas. Confía en sus criaturas para acabar con los espías. No cuenta con el poder del amuleto —señaló el número tres que colgaba de mi pecho, que refulgía ahora con una extraña luz azulada—, ni con otras sorpresas que le tengo preparadas. ¿O qué cree, alférez? ¿Que este viento que sopla en la dirección adecuada para

favorecer nuestro avance es pura casualidad? ¿Por qué razón ha vacilado el ser antes de atacarle, dándole tiempo a clavarle la espada? Disponemos de los medios para triunfar, las armas terrenales son meros accesorios. Debemos impedir a toda costa que Benigno controle el tercer elemento. Es preciso continuar.

—¿Y qué hacemos con él? —dije, señalando al piquero.

—Arrastremos el cuerpo bajo ese matorro. Si tenemos éxito, tiempo habrá para darle un entierro cristiano. De lo contrario, agradecerá a Dios haber tenido una muerte tan rápida —respondió con tono siniestro.

Así lo hicimos. Luego avanzamos en la oscuridad hacia nuestro destino, cada vez más cercano. Rodrigo, tras el ataque de quien fue su amigo, en vez de temor mostraba mayor determinación.

No sufrimos más encuentros inesperados. Protegidos por el viento y el sonido de los tambores, que se entremezclaba con el de los truenos de la tormenta que se acercaba —a pesar de que seguía sin caer ni una gota de lluvia— llegamos a un grupo de matorrales situado a unos cien pasos de la orilla este de la laguna. Desde allí disponíamos de una buena vista del campamento.

Confiados en el poder del brujo, los sublevados se habían congregado sin preocuparse de apostar centinelas en una explanada en cuyo extremo se erguía una tosca cabaña de considerables dimensiones. Las llamas de un gran fuego danzaban enloquecidas y se reflejaban en el agua de la laguna, rizada por el viento. La luz permitía distinguir con claridad la multitud de sombras agazapadas que rodeaban la hoguera en semicírculo, con la parte abierta del mismo encarada frente a nuestra posición. Al costado del fuego, subido sobre una roca y dándonos la espalda, una figura alta, vestida con ropajes estrafalarios, profería gritos en una lengua desconocida, mientras dibujaba aspavientos con los brazos, como si se tratase de un ritual. No dudé ni un momento de que era Benigno. El sonido de los tambores, que había incrementado su intensidad hasta alcanzar un ritmo enloquecedor, competía con los truenos que retumbaban sin cesar, acompañados de relámpagos que iluminaban por segundos el paisaje nocturno de forma tan vívida que llegué a temer por ser descubiertos a pesar de estar protegidos por la maleza.

La luna se ocultó tras una nube y de súbito cesó el clamor de los tambores. El hechicero calló. Solo se oían el crepitar de la leña y los truenos. Las sombras agrupadas en torno a la cabaña abrieron un pasillo a una figura que, con las manos atadas, se dirigió con pasos vacilantes hacia la hoguera. Debido a la distancia, no pude distinguir su rostro, pero sin duda era uno de los supervivientes de la matanza. A pesar de que nadie le forzaba, se dirigía de forma irremisible a su perdición, como si caminara en trance.

Rodrigo, pegado a mí, me agarró con fuerza el brazo.

—¡Es padre! —susurró—. ¡Sabía que estaba vivo!

Le sujeté, temeroso de que corriera a su encuentro y nos descubriera.

—Tranquilo —respondió Fray Leonardo dirigiéndose al chico—. Nuestro momento está cercano. Haremos todo lo posible por salvarle. Si fracasamos, al menos lo acompañaremos en su horrenda suerte. Alférez, esté atento a la señal para acudir en mi defensa.

—¿Pretende salir usted solo ahora? Es un suicidio. Moriremos sin remisión. No tenemos ninguna oportunidad. Todo el campamento está despierto y armado.

—Confíe en mí.

Fray Leonardo miró al cielo encapotado, respiró hondo y, con paso firme, abandonó el escondite y se dirigió al claro. No me dio tiempo ni a preguntarle cuál era la señal que debía esperar.

Mientras manteníamos esta conversación, el cautivo había alcanzado la altura de Benigno, quien, subido en la roca, danzaba con movimientos grotescos hasta culminarlo en un frenesí de convulsiones. Los tambores retomaron su tañer.

Deslumbrados por la luz de la hoguera, los rebeldes tardaron en darse cuenta de la presencia del fraile, que apareció entre ellos como si se hubiera materializado por arte de magia. Benigno, que se encontraba de espaldas desatando al cautivo, se volvió al oír el murmullo de asombro que surgió de la multitud. Varios rebeldes se levantaron con gruesas porras en la mano, pero vacilaron, como si esperasen una orden o quizá creyeron que el monje era otra de las criaturas convocadas por su jefe. Esto permitió a Fray Leonardo llegar hasta la hoguera y tomar una tea ardiente, que lanzó a los pies de los sublevados. Al instante, un círculo de fuego azulado se extendió como un reguero de pólvora aislando a las tres figuras que ocupaban el centro del claro. Uno de los esclavos intentó atravesarlo, pero al tocar las llamas aulló de dolor y cayó fulminado. El resto, entre exclamaciones de miedo, se retiró unos pasos y quedó expectante, a la espera de la reacción del hechicero africano.

Este, desentendiéndose del cautivo, se volvió hacia la laguna y emitió un grito gutural, que sonó como un gorgoteo. La superficie se agitó y una forma oscura reptó con movimientos sinuosos hasta los juncos de la orilla. Al principio creí que era una culebra gigante. Mis dudas se disiparon cuando se enderezó y se desplazó con pasos vacilantes. *Era uno de los sirvientes del río.* Sin inmutarse, el dominico elevó en dirección al cielo una mano que desprendía un resplandor rojizo. Vacilé. ¿Debía intervenir en aquel momento o esperar la desconocida señal? No tenía opción. Aunque fuera un suicidio, no podía abandonar al fraile. Me lancé a la carrera hacia el círculo de fuego. Había recorrido la mitad de la distancia que me separaba del objetivo, cuando un intenso resplandor me cegó. Casi al instante estalló un trueno horriblo que me derribó al suelo. Quedé ensordecido. A pesar del aturdimiento, comprendí que un rayo había caído sobre la copa del gigantesco enebro situado al costado de la cabaña del hechicero. Una gruesa rama en llamas se desgajó del tronco y se precipitó con estruendo contra el techo de madera de la choza, que se hundió y empezó a arder con fiereza. Sin duda, aquella era la señal. Casi sin tiempo para reponerme, me incorporé y avancé a trompicones, empujado por un intenso vendaval que había acompañado a la caída del rayo. La ventolera esparció a los cuatro vientos las ascuas de la hoguera. En menos de lo que se tarda en contarlos, el grupo de cabañas y los árboles que las rodeaban ardían como una tea. Los esclavos, asustados por aquella cadena de acontecimientos, huyeron en desbandada en dirección al bosque entre alaridos de terror.

Apenas tardé unos segundos en llegar hasta la pared de llamas. Tras una breve vacilación, me lancé contra ella, entrando en el interior sin sufrir daño alguno. El amuleto desprendía un vaho frío que siseaba como una serpiente.

Dentro del círculo, el tiempo se había detenido y reinaba una extraña calma. El vendaval no soplabá allí, aunque hacía pocos segundos hubiera desbaratado la hoguera y esparcido tizones por el campamento. Junto a los restos del fuego, todavía encendido, Benigno agarraba al prisionero por el pelo con una mano, mientras con la otra sostenía un puñal a la altura de su cuello a la par que no

dejaba de proferir encantamientos con la cabeza dirigida hacia el cielo. Fray Leonardo se enfrentaba a la criatura que había emergido de la laguna.

A pesar de lo que llevaba visto esa noche, una fuerte sensación de náusea me invadió al observar de cerca a aquel ser. Su cuerpo antropomórfico tenía una extraña forma ovalada de la que brotaban unos brazos más largos de lo normal. Las extremidades eran palmeadas, como las de un batracio, pero acababan en afiladas garras. Al igual que su congénere del bosque, conservaba un rostro con un vago parecido al de un humano, con ojos inmensos y protuberantes que no parpadeaban. Ese aspecto semihumano era lo que hacía a la criatura más repugnante si cabe. Aunque sobre la tierra no se movía tan ágilmente como dentro del agua, estaba seguro de que un solo golpe de aquellos brazos partiría la columna vertebral de un hombre.

Comenzó entonces a llover con una violencia inusitada. Fray Leonardo se dirigió a mí, y aunque por los gestos colegí que gritaba, sus palabras me llegaron como si se encontrara a una gran distancia.

—¡Acabe con la criatura! ¡Yo me ocuparé de Benigno! ¡El fuego no debe apagarse, es nuestra única oportunidad!

Obedeciendo, me encaré espada en mano con la figura tambaleante. Me agaché para esquivar un golpe de su garra y, aprovechando el movimiento, lancé un tajo a su vientre blancuzco, en el que brillaban pequeños cristales parecidos a escamas. Con satisfacción comprobé como el arma alcanzaba el objetivo y penetraba sin oposición en una materia viscosa. Al segundo siguiente, el brazo de la criatura, frío como el hielo de un nevero, me atenazó por la cintura y comenzó a arrastrarme hacia la orilla de la laguna. El pánico se apoderó de mí. En una lucha en su medio natural estaba perdido. Con un movimiento frenético del brazo libre, hiqué la hoja de la espada con dirección ascendente, clavándola hasta la empuñadura. Transportado en volandas, tropecé entre los juncos y el agua helada acuchillo mis piernas. Justo antes de ser arrastrado al legamoso fondo, un chorro de sangre salió por la boca del ser, que aflojó la presa y manoteó agónicamente en el aire. De un golpe desesperado me arrancó el amuleto. Saltó un chispazo y el esbirro de Benigno se hundió con un chapoteo en las aguas oscuras.

De rodillas en el cieno, hundido hasta la cintura, un dolor ardiente me laceró el cuello. Lo palpé y mi mano quedó empapada de sangre. Con mirada borrosa, distinguí contra las llamas las siluetas de Fray Leonardo y Benigno forcejeando entre el torrente de lluvia y el humo. El dominico, en un último y salvaje esfuerzo, abrazó a su contrincante y se arrojó junto a él a la hoguera. La explosión que siguió es el último recuerdo que tengo antes de despertar, enfebrecido, en un camastro de la abadía, varios días después.

Esta será la última entrada del diario. Lo abandono aquí, al igual que el resto de placeres mundanos. He decidido convertirme en un monje más del monasterio, jurar voto de pobreza y castidad y aguardar a que sobrevenga la muerte recluido entre estos muros, tan cercanos a los terribles acontecimientos que he transcrito sobre el papel. Un relato que no compartiré con nadie. Sé que me tomarían por loco, y nada más resta por hacer.

El abad me ha contado que Rodrigo y su padre me llevaron en unas parihuelas hasta la abadía. Los sublevados, desmoralizados y sin un líder que los guiara, fueron presa fácil de los soldados. De Benigno y Fray Leonardo nunca

se encontró el más mínimo vestigio entre los restos del incendio que consumió una buena parte del bosque. El rey ha ordenado talar todos los árboles que quedaron en pie y drenar la laguna. Los cadáveres de los habitantes del pueblo han recibido cristiana sepultura, una vez se reunieron con sus cráneos picoteados por la aves de rapiña, recuperados en la falda de las colinas que ahora llaman «Las Cabezas».

Nadie ha mencionado a las criaturas que servían a Benigno, y no seré yo el que lo haga. Espero que desaparecieran junto a su amo, aunque me temo que algunas de ellas siguen acechando entre la espesura o sumergidas en las aguas de algún regato. Solo esperan que alguien les llame para regresar.